

## ***OPERA PRIMA***

Nací en Bujalance; mamá también.

Soy consciente de que, con el tiempo, cuando tengas los años oportunos, y mamá cumpla con el acuerdo a que hemos llegado, es decir, cuando tengas la edad suficiente para entender y asimilar lo que aquí te escribo, esta afirmación te parecerá intrascendente. A mí, ahora, ya me lo parece. ¿Qué más da uno u otro sitio? ¿Quién dispone el lugar de nacimiento? ¿Podemos elegir? Desde la perspectiva de nuestra estancia en el ámbito humano, desde la visión de pertenecer, como ser independiente, al mundo de los vivos, no necesitamos mucha meditación para llegar a la conclusión de que somos fruto de la casualidad; que ésta ha elegido nuestros padres, y que ella misma podría habernos intercambiado por cualquier otro, en cualquier momento y en cualquier rincón del mundo. Pero somos humanos, y, como tales, estamos condicionados por nuestras emociones, en definitiva, por nuestros sentimientos. Es a partir de ahí que la intrascendencia objetiva de que antes he hablado se transforma en trascendencia individual al no poder evitar un indefinido afecto y el orgullo de pertenecer a un grupo que comparte costumbres y se hermana con las mismas tradiciones.

Por eso he iniciado estas letras con esa aseveración, fría, escueta, pero tan llena de vivencias, inquietudes y recuerdos, entre los que bullen los momentos de tu venida y los de los escasos años que, hasta ahora, has compartido con nosotros, transformando nuestro mundo en un venero de satisfacciones día a día.

Es precisamente por el corto tiempo que disfrutaré de tu compañía por lo que me decido a plasmar en un papel lo que habría compartido contigo posteriormente si el destino –por llamar de alguna manera concreta a la mala fortuna- me hubiese permitido, al menos, ser testigo presencial de tu paulatina transformación de crisálida inocente en vigorosa y fulgurante mariposa.

Tengo una enfermedad que sólo me permitirá vivir un año; con suerte, algo más. Y no me cabe la esperanza de su remisión; es algo definitivo que cuenta con la conformidad de todos los especialistas a los que he acudido.

Al principio, la sorpresa produce un estupor rayano en la incredulidad. Luego, poco a poco, a medida que la certeza se va imponiendo, el estado de ánimo transita por diferentes fases: terror, angustia, desmoralización, convencimiento, aceptación, resignación y entrega. Lo sé por experiencia. Algo semejante le ocurrió a mamá; aunque al no ser la perjudicada directa, entiendo que haya una diferencia conmigo, y su resignación se haya adelantado a la mía.

Ya no espero nada, sólo aguardar el momento. Pero, siendo tú tan pequeña, me es absolutamente imposible poderte hacer partícipe de cuánto has significado para nosotros en estos pocos años, y, sobre todo, con qué ilusión esperábamos tu llegada.

Mamá te dará estas cuartillas cuando considere que tu adolescencia esté lo suficientemente madura para leerlas con interés; es lo que me ha prometido. Y yo, ahora, con ese convencimiento, me siento complacido, al menos con la tranquilidad de que sabrás de mis labios –casi- cómo fue el comienzo de tu vida, algo tan simple, tan común, tan rutinario, y, no obstante, a la vez, ¡qué trascendente para nosotros!

Era habitual, en los pueblos, que se diera a luz en la propia vivienda. Ahora, y a pasos agigantados, esa costumbre va perdiendo consistencia refrenada por la evidencia de que hacerlo en un hospital reduce, casi en un cien por cien, la posibilidad de una eventualidad inesperada que pusiese en peligro tanto a la madre como al hijo. Pero tú naciste en casa. La bisoñez de dos futuros padres iniciando un camino deseado pero ignoto, fue la vía expedita que diera paso a lo que hoy ya consideramos imprudencia.

Las habitaciones más importantes, en ese momento, tenían los moradores precisos. En el dormitorio estaban mamá, tía Rosario, la abuela Isabel y la partera. Fuera, en el salón, mis padres, el abuelo Andrés y yo. Acompañándonos, la impaciencia vagaba entre nosotros fundida en la tenue luz que llegaba hasta el dormitorio. Fuera, en los árboles del patio, los gorriones flirteaban con las gotas de rocío que aún mantenían su vigor frente al incipiente calor matinal de la primavera, ajenos a la incertidumbre de nuestra espera.

Ahora, en la distancia del tiempo, y sin la intranquilidad que me producía tal situación, lo veo todo mucho más diáfano. Puedo rememorar, curiosamente, cada

momento, y ordenarlos sin dificultad; pero entonces, hasta que naciste, se hizo un vacío agobiante en mi cerebro, y fui presa de un popurrí de emociones sin poder determinar ninguna de ellas.

La magia que ofrecía el reloj de pared del salón llenaba de esperanza el vacío del silencio, pero sus campanadas componían, a nuestros oídos, una elemental sinfonía de incertidumbre.

No veíamos nada, pero aunque nuestra comunicación se limitaba a unas tímidas miradas de soslayo, sabíamos qué había dentro. Sobre todo, imaginábamos –al menos yo- a mamá con un rictus de dolor ya casi permanente, sobrellevando la contracción continua que da paso al primer indicio de alumbramiento.

El tiempo es una magnitud constante solamente para dos elementos de medida: el reloj y la vida. Uno, como instrumento físico y exacto. La otra, como trayecto biológicamente inexacto. Fuera de eso, como era nuestro caso, se agrandaba hasta extremos impensables, tomando, junto a la esperanza, un lugar prevalente.

Al fin llegó el momento. Un llanto infantil y tenaz rasgó la majestad del silencio anhelante, y un apagado grito de mi madre se superpuso a nuestras miradas escépticas. Poco tiempo después, la partera se hizo visible en la puerta con una sonrisa de conmiseración, ofreciéndonos la entrada. Mis padres, el abuelo y yo entramos, pero ellos, cortésmente, salieron poco después junto con la abuela y tía Rosario, dejándome solo con vosotras frente a aquella esperada realidad. Allí estabas tú, protegida por mamá, que te tenía a su lado y nos miraba alternativamente.

Aquel novicio amanecer de expectativas fervientes había dejado paso, con amor, a la vida: a tu vida.

A partir de entonces, supe que se había producido un hechizo que haría que ya no hubiese otro cielo entre mis días, ni otro sol que vistiera mis mañanas. Mi alma quedó sosegada con la calma infinita de lo perfecto. Pero, por encima de todo, el auténtico prodigio, lo realmente para mí desconcertante, fue evidenciar aquella realidad pasmosa: éramos dos seres solamente en un principio, y, en un momento, aunque esperado, fuimos tres disponiéndose a iniciar un incierto camino.